

La dinámica de interacción del fútbol: la actuación de un árbitro y su contexto

RAÚL MÁRQUEZ PORRAS

Licenciado en Antropología Social y Cultural

Resumen

Este artículo, producto de una breve etnografía para dilucidar cómo influye el contexto de la acción en el árbitro, aborda desde una metodología peculiar varias cuestiones sobre el fútbol. A partir de las teorías de Goffman, del interaccionismo simbólico o de Norbert Elias, cada partido fue observado como un *micro-sistema* único del cual el árbitro era un actor más, por lo que había que prestar atención a las interacciones entre todos los sujetos del estadio. Fruto del seguimiento durante cuatro meses a un árbitro (seleccionado según los criterios significativos de juventud y experiencia), se han identificado algunas características notorias de la dinámica del fútbol, del desarrollo de los partidos y, por tanto, del contexto donde actúan los árbitros. Y contrastando entrevistas y observaciones, se ha podido concluir que efectivamente su comportamiento varía en función del *ambiente* y además que existen ciertos condicionantes *a priori*. Otras cuestiones –como la percepción dentro del campo de juego, el *imaginario* de la profesión o la conducta de otros actores– han aparecido como relevantes, demandando nuevas investigaciones.

Palabras clave

Etnografía, Interaccionismo simbólico, Fútbol, Arbitraje.

Abstract

This article, result of a short ethnography to consider how the referee is influenced by the context of action, addresses to some questions of football from a particular methodology. Based on Goffman's theories, on the symbolic interactionism and on Norbert Elias, each match was observed as a unique micro-system where the referee was an actor more. Because of that we had to pay attention to the interactions between all the subjects in the stadium. After the monitoring during four months to a referee (selected according to the significant criterion of youth and experience), some important characteristics of the dynamic of football, of the development of matches and, therefore, of the context where the referees play were discovered. Also checking interviews and observations, we could conclude that their behaviour really changes according to the atmosphere and furthermore, that certain determining factors exist beforehand. Other questions –such as the perception inside the pitch, the imagery of the profession and the behaviour of others actors– had appeared as outstanding, calling for new researches.

Key words

Ethnography, Symbolic Interactionism, Football, Referees.

Introducción

Puede resultar evidente, al menos para un antropólogo, que para estudiar el comportamiento de alguien hay que tener en cuenta el contexto donde se desarrolla. No obstante, esta interrelación se puede entender de diversas maneras y darle más o menos importancia. A la hora de analizar las variaciones en la actuación¹ del árbitro de fútbol –objetivo principal de la investigación, en principio–, se tenía claro que había que prestar atención al lugar y

ocasión donde ésta se llevaba a cabo: el partido de fútbol. La mirada debía dirigirse al árbitro pero también al resto de actores y a la dinámica (¿el ambiente?) generada por la acción conjunta. Se veía el juego como sistema (en el sentido que todo está interconectado: lo que hace cada uno depende y afecta al resto) y el árbitro como pieza del mismo; o, si se quiere, se miraría el juego y su dinámica a partir de la figura arbitral. En este planteamiento resuenan el interaccionismo simbólico y aquellos otros

autores (Norbert Elias, Parlebas...) que han interpretado el juego y la acción deportiva de forma sistémica.

Concretando más, los objetivos de la investigación eran: describir y analizar la actuación de un árbitro de fútbol, fijándose en las variaciones, en las modificaciones en su comportamiento (sobre todo a la hora de sancionar). Observar cómo le podían influir los diferentes elementos del contexto –y, de hecho, los distintos contextos–; analizar su actuación en función de lo que hacen los

¹ Se deja ver ya la influencia de Goffman en el planteamiento de la investigación. Asumiendo su enfoque dramático, se observa el comportamiento del árbitro como si de una actuación se tratara, una representación (en base a un papel, a un rol asignado) que tiene por objeto comunicar a los demás actores una cierta impresión. En el caso del árbitro, la de autoridad. Hablar de comunicación es hablar de interacción, de relación entre varios sujetos; el actor, aunque resulte obvio decirlo, actúa para otro/s, y las conductas se adaptan y varían en función de cómo sea dicha interrelación.



demás actores. Establecer qué momentos son más difíciles en el desarrollo de su actividad y, en general, de una profesión marcada por la necesidad de transmitir autoridad. (Y casi como requisito de lo anterior) describir y analizar la dinámica de un partido de fútbol, el desarrollo del juego.

Para alguna de estas cuestiones había puntos de partida bastante evidentes, pues parece claro que los momentos más comprometidos para un árbitro son aquéllos en que debe sancionar algo, dependiendo además de la gravedad de la sanción (no es lo mismo un penalti que un fuera de banda), del equipo afectado (tampoco da igual que sea el equipo *de casa* o el visitante) y de la coyuntura del partido (compárese señalar un penalti a favor del equipo local con 8-0 en el marcador a pitarlo a favor de los visitantes, con empate y en el último minuto). Si como variable dependiente se situaba el comportamiento del árbitro, como variables independientes –*a priori*, pendientes de confirmación– se podían tener en cuenta: las implicaciones del partido, el equipo sancionado, el lugar del campo donde tuviera lugar la acción, el tiempo del partido, la actuación de jugadores, entrenadores y público, el conocimiento previo de los equipos o incluso el estado anímico del árbitro ese día.

¿Y por qué, de hecho, creer que se producirían *momentos difíciles* en la actuación de un árbitro? Goffman (1997) insinúa que todo aquello que desautorice la impresión que se quiere fomentar, pone en peligro

el *papel* que se está desarrollando y la interacción misma. En el caso del árbitro, al que se le supone capacidad de *juicio* y firmeza, cualquier atisbo de duda. Pero es que, a un nivel más profundo, la actuación del árbitro presentaría dificultades porque, de hecho, escapa a su control: depende de la interacción con otros actores. Para Goffman, el conjunto de interacciones crea un verdadero *sistema*.

Vicente Verdú (1980) coincide en estas apreciaciones: el campo de juego es un *microcosmos* y el partido una interacción dinámica, interacción que el árbitro será el encargado de interrumpir y con ello marcar sus tiempos.² Pero, sobre todo, hay que hablar de Norbert Elias en este punto. Elias también tiene una visión sistémica del juego; entiende el partido de fútbol como *figuración*, como estructura cambiante formada por las acciones y experiencias de todos los participantes, un “entretejido continuo de planes y acciones” (1992, p. 70). Un sistema, con dinámica propia y autónoma; autónoma porque la *figuración* –el tono de la interacción– cambia al margen de las intenciones de cada uno. ¿Cómo no esperar situaciones imprevistas? No es que el árbitro no pueda controlar del todo el desarrollo del juego; es que ningún participante puede hacerlo. Sí es cierto que merced al código de reglas el árbitro controla en parte esa *lucha disciplinada* que es –dice Elias– el juego, y de hecho provoca una cierta dinámica (con la frecuencia de las sanciones...). Pero hay una parte fluida

y no previsible en su desarrollo; y eso coloca al árbitro, sin duda, en una posición de debilidad. Momentos problemáticos afrontará, no hay duda.

Otros autores, como Parlebas (2003), insisten en apreciar el juego deportivo como *micro-sociedad*,³ como red de interacción donde lo que se produce es una comunicación entre todos los actores (incluidos los espectadores e incluso el entorno físico). Y también para él los sistemas de reglas preorientan en parte el comportamiento de los sujetos; pero sólo en parte. Las reglas sólo constituirían el marco externo, el marco formal de una interacción que va más allá, que genera su dinámica en base a las actuaciones concretas y las variaciones contingentes.⁴ La acción grupal –en nuestro caso el partido de fútbol– se consideró un proceso dinámico, en que cada participante definía e interpretaba los actos de todos los demás (siempre a partir del *papel* asumido por cada uno). Siendo, además, la forma de esta interacción variable, no definible de antemano (al menos por completo); porque la acción conjunta, como ya se ha comentado, genera una dinámica que no se explica por la suma de los actos de cada sujeto (aunque ella sí los condicione). En definitiva, quedaba justificado el analizar la figura del árbitro en función del contexto y la interacción global dentro del campo de fútbol.

Sobre la actuación del árbitro de fútbol y los factores que pueden influir en ella, hay tan sólo algunos estudios recientes desde la psicología social (cf. Folkesson *et al.*, 2002; Nevill *et al.*, 2002). Estas investigaciones se han tenido en cuenta para determinar ciertas variables y presunciones. Pero el hecho es que estos estudios analizan sólo algunos de los factores que se podrían tener en cuenta y, además, utilizando una metodología exclusivamente cuantitativa. No he encontrado obras que, desde una perspectiva etnográfica, analicen la actuación del árbitro en función del contexto y la dinámica interaccional del juego. Por lo tanto, entiendo que este

² Verdú coincide con Goffman incluso en observar el partido de fútbol como teatralización. Lo que se lleva a cabo es una representación y el árbitro, especie de demiurgo, sería el encargado de darle verosimilitud.

³ Por cierto, también para Parlebas el juego deportivo es “una puesta en escena” (2003, p. 63), aunque ordenada. En esto del ordenamiento el árbitro sería la figura más relevante.

⁴ Autores como Javaloy (1989), desde la psicología social, comentan que la capacidad del juego para despertar emociones estriba en su estructura teatral, al tener unos personajes, un escenario y, sobre todo, un desarrollo siempre imprevisto; en sintonía con lo dicho por Goffman, Elias...

intento de obtener una visión cualitativa y holística puede ser novedoso y significativo para entender mejor esta profesión; y el fútbol como *fenómeno* amplio.

En este sentido, que haya escogido la figura del árbitro se debe, entre otras cosas, a su incidencia en el desarrollo de la interacción: instaura un orden –al ser el *ejecutor* de las reglas–, aunque precario y sólo formal. Por lo demás, se trata de un *actor* singular dentro del terreno de juego y que genera especial controversia entre el resto. Para justificar el dedicarme a un tema como el fútbol, tan sólo lanzar esta pregunta: ¿hay alguna otra actividad hoy que movilice, cada fin de semana y en multitud de lugares, a tal número de personas?

Consideraciones metodológicas

Para conocer cómo se desarrolla su actuación, la interrelación con el entorno y demás, una investigación etnográfica, cualitativa, basada sobre todo en la observación sistemática, se hace indispensable (¿cómo captar mediante encuesta, por ejemplo, la *tensión* de un partido?). Quería observar si variaba el comportamiento de los árbitros, de un partido a otro, y en función de qué. Primera elección importante: ¿centrarme en un árbitro o comparar la actuación de varios? Varias razones explican que eligiera lo primero. Una de ellas: si lo que quería era determinar la posible variación de la conducta en función del contexto, era más lógico focalizar mi estudio en un árbitro concreto. En función de la literatura existente tenía algunos criterios que podían orientar esta búsqueda de un caso relevante: por ejemplo, la juventud. Estudios como el de Folkesson (2002) mostraban que los árbitros más jóvenes (mejor dicho, con aspecto *juvenil*) afrontaban más situaciones complicadas. Eugenio –lo llamaré así a partir de ahora– es un chico joven, tiene veintisiete años, con diez años ya de experiencia como árbitro (en la Federación de Granada).

Respecto a la observación (sistemática porque se hizo en base a un protocolo bien definido), la dinámica del juego es tan veloz que entretenerse en apuntar algo supone, la mayoría de veces, perderse otras cosas

de interés. Se comprobó que las anotaciones debían ser muy libres, que era bastante más importante la información cualitativa –no estandarizable, por otro lado–. En realidad, ¿cómo se puede reflejar el tono de las interacciones si no es de forma cualitativa? El *ambiente* de un partido es algo más *perceptible* que cuantificable y no ligado sólo a faltas, expulsiones...; no se circunscribe a jugadas concretas. El público puede cambiar su actitud a raíz de una decisión arbitral, pero el cambio puede afectar, puede mantenerse durante muchos minutos o inclusive el resto de partido. Las reacciones de los diferentes actores superan, para su análisis, el marco de las acciones puntuales. Además, y como se había planteado *a priori*, se extraía más información de la observación de todo el contexto, de los jugadores, de los entrenadores y del público, que de fijar la atención sólo en el árbitro. En realidad, como actor obligado a la inmutabilidad, su expresividad es mínima.

Por todo lo dicho, y además por los objetivos que la investigación tenía, sí parecía necesario recurrir a otras técnicas. Se decidió entrevistar al árbitro antes, durante y después de cada partido, con idea de recoger sus valoraciones, cómo interpretaba el comportamiento de los demás actores (los diferentes estímulos que había recibido), si es que tenía algo que destacar (qué estímulos, de hecho, le habían llegado). Y con el propósito de comparar la información con las observaciones hechas *in situ*; ver las contradicciones entre el discurso y la práctica. Esto podía ser decisivo –como así fue– para analizar qué le había influido en su comportamiento, qué aspectos del contexto podían determinar más su actuación. Se realizó también una entrevista semi-estructurada y en profundidad al final del trabajo de campo. Las entrevistas, en general, también sirvieron para descubrir ciertas ideas y valores de la profesión (¿*cosmovisión*?), como ya se verá.

Se siguió a Eugenio entre febrero y mayo del 2004. Puede considerarse un período reducido, y una limitación de cara a la validez y fiabilidad del estudio. Pero hay que tener claro que cada partido fue un contexto distinto, pues cambian las características y los condicionantes *a priori*:

categoría (con el hecho que haya linieres o no), implicaciones del partido, estadio, número de espectadores (y su proximidad al rectángulo de juego, entre otras cosas), climatología, incluso estado físico y anímico del árbitro... También hay imprevistos y acontecimientos singulares (pérdida de balones, incidentes en las graderías...). Indefectiblemente, el desarrollo y la dinámica del partido son siempre particulares. En cada caso se produce una interrelación concreta y única entre jugadores, entrenadores, público y el mismo árbitro. Los partidos observados correspondieron a las categorías infantil, juvenil y sénior, desde provincial a regional preferente –siempre de Andalucía oriental–, jugándose algo los equipos o siendo totalmente intrascendente el resultado, con equipos sin rivalidad ninguna o árdamente enfrentados, en campos con buena y mala reputación...

Fruto de todo este trabajo etnográfico, se ofrece alguna conclusión (tentativa) sobre qué factores influyen en el comportamiento de un árbitro o, más bien, sobre cómo es la *actuación* de un árbitro en concreto. Varias preguntas planteadas al inicio de la investigación quedaron sin resolver. Pero, como se verá a continuación, con la observación directa del juego se obtuvo mucha información sobre el comportamiento de otros actores (especialmente del público), sobre el desarrollo de sus interacciones y el contexto general de la acción; temas que en principio eran colaterales. A continuación reseño brevemente estos resultados.

La dinámica oscilante: Jugadas-“clave” y “actores” principales

El desarrollo de un partido de fútbol no es lineal; se producen altibajos en cuanto a la intensidad del juego y la tensión del ambiente. Parece obvio pensar que hay jugadas más importantes que otras y que marcan la evolución del encuentro; pero, en todo caso, había que comprobarlo empíricamente y, sobre todo, observar qué tipo de acciones eran éstas y qué papel tenía en ellas el árbitro. Se identificaron como momentos trascendentales (me referiré a ellos como *jugadas-clave*): el señalar una falta cerca del área

contraria; pitar un penalti; sacar una tarjeta amarilla; expulsar a un jugador; decretar fuera de juego; anular un posible gol; incluso señalar un córner. Máxime, cualquiera de estas acciones, si el marcador estaba igualado y el final del partido próximo. Pero no sólo correspondieron, la jugadas-*clave*, a sanciones dictadas por el árbitro. También en ocasiones fue por lo contrario: una caída dentro del área rival no señalada como penalti, un gol en posible fuera de juego dado como válido, una probable falta no sancionada, dejar seguir el juego con un jugador en el suelo... E incluso otro tipo de acciones protagonizadas por Eugenio, como enfrentamientos con jugadores y gestos autoritarios hacia algún actor, indecisiones, rectificación de una decisión ya tomada, o malentendidos, contradicciones con los linieres. Es más: no hizo falta que interviniera el árbitro. Jugadas-*clave*, que marcan por momentos el rumbo del partido, fueron también una entrada dura o un enfrentamiento entre jugadores, por supuesto determinados goles e incluso una simple buena jugada de ataque o la disputa férrea de un balón por parte de algún jugador.

Son las jugadas-*clave* aquéllas que cambian el tono de la comunicación entre los actores, que modifican la actitud de un gran número de ellos; hechos que hacen subir la tensión (la sensación de que el ambiente *se caldea*), manteniéndola elevada ya durante un tiempo. La cuestión es que estas acciones puntuales, más si se encadenan varias, se pueden identificar también como momentos *críticos* en la actuación arbitral. A continuación describiré alguno de estos hechos. En uno de los partidos más violentos que se observaron, de categoría sénior, todo transcurrió más o menos bien hasta que, en el minuto veinte de la primera parte, el equipo local marcó el segundo gol en posible fuera de juego. El público visitante empezó a insultarlo de forma muy agresiva y la tensión ya se mantuvo alta hasta el final –siempre con oscilaciones.

Otro caso. En un encuentro sin demasiada trascendencia, con resultado de 1-1, dos jugadores se encaran; el jugador que ha hecho la falta recibe tarjeta amarilla. Seguidamente hay otra falta, y la tensión sube

perceptiblemente. Pasados diez minutos se señala una nueva falta, al borde del área, el público y el entrenador locales –antes llamados– le protestan al árbitro de forma notoria, pero es que después, ante una entrada no sancionada, chillarán todos (incluido el público) y ya no pararán de hacerlo, curiosamente sobre todo ante jugadas que rozaban el gol; hasta llegar al clímax en un fuera de juego que se pita en el último minuto y que provoca la protesta más fuerte de todas. Aquí se pudo comprobar, claramente, como existía una especie de *contagio* de actitudes: empezó chillando un entrenador, lo hizo después su público y a continuación el público rival. Más ejemplos. En un encuentro de regional preferente, el público empezó a chillar en el momento en que el árbitro y un linier señalaron en una jugada cosas diferentes; volvió la calma, hasta que se señaló una falta inmediatamente después de una entrada no sancionada y, sobre todo, ante otro encontronazo y la amonestación de un jugador local. Con este encadenamiento de situaciones el público se lanzó a protestar con vehemencia, subiendo algo la indignación cada vez que Eugenio señalaba una falta.

En definitiva, podrían multiplicarse los ejemplos –para cada partido– que enseñan cómo la dinámica del juego y el ambiente oscila en función de estas jugadas-*clave*. Para comprender el tono de la interacción, en un momento dado, hay que tener en cuenta estos hechos especialmente significativos que han podido marcar las diferentes actuaciones. Pero es que, de igual manera que hay jugadas-*clave*, hay actores-*clave*. Se puede decir que son ciertos actores los auténticos protagonistas, los que influyen más en el resto. Y no sólo jugadores. En un caso fue el entrenador local el que con sus gritos marcó el tono de la comunicación (a nivel general); ocurrió también que fuera la relación de otro entrenador con un defensa lo más importante de todo un contexto. Y, por supuesto, a veces fueron ciertas personas del público las que se convirtieron en actores-*clave*: un hombre en Almería fue la voz más destacada (dio la impresión que él solo manejaba el ambiente y que eran los otros actores los que reaccionaban ante su actuación). Si

entre los jugadores suelen ser uno o dos los que están presentes en los hechos significativos, en el público también parece darse esta *jerarquía*. Pero del público hay mucho más que decir.

El público, en su “papel”. Violencia y contradicciones de su actuación

Si algo se puede afirmar del público, precisamente, es que juega su *papel*. Desde el principio destacaron ciertas actitudes paradójicas en él: protestar más justo cuando su equipo va ganando, ciertos cambios de parecer repentinos... Aquí van algunos apuntes. Una mujer le reclama al árbitro que sea neutral, pues al fin y al cabo se trata de críos; acto seguido le chilló a un jugador rival que está en el suelo, quejándose de un golpe, que se levante, que no haga más teatro. Una escena muy frecuente: personas de entre el público parecen distraídas, de pronto, ante algún hecho, comienzan a proferir gritos contra el árbitro o los jugadores rivales, en un tono exaltado, para después retomar una charla distendida sobre temas nada futbolísticos. Pueden no reaccionar ante una entrada dura con 0-6 a su favor, y en cambio querer “comerse” al árbitro ante una simple falta cuando el resultado está igualado.

Así, el cometido del público parece ser el de *meter presión*. Por ejemplo, chillarán contra el árbitro, reclamarán ante cualquier cosa, cuando el desenlace del partido aún no esté definido; emplearán un tono agresivo al dirigirse al árbitro, y un tono calmado al hablar entre ellos o con sus jugadores. Y, claro, a veces su actitud de tan contradictoria raya en lo esquizofrénico –visto desde afuera–: después de estar increpando durante minutos al árbitro, una mujer del público es capaz de mostrarse comprensiva con el árbitro y en tono suave argumentar que “no lo había oído, el muchacho”. Acto seguido seguirá insultándole.

Del comportamiento violento del público habría mucho que decir. No obstante, lo que más llamó la atención fue la violencia implícita de ciertos comentarios y ciertos valores compartidos entre las aficiones.

Se ensalza la pelea, la lucha; expresiones como: “no hay que arrugarse”, “hay que echarle cojones”, “¡vamos a por ellos!”... se repiten con frecuencia. Se puede perder, pero en todo caso hay que “demostrar casta”. Hacia el otro equipo o el árbitro la agresividad puede ser extrema: “¡Acojónalo, papá!”, se le escuchó a una chica en referencia al árbitro; o incitar a los suyos, directamente, a agredir al rival, con consignas tales como: “¡dale!”, “¡que no se te vaya!”, “¡dale una patada a ése!”, etc, etc. Hay también un sentimiento de *localismo* bastante arraigado; los del equipo local están en su *casa*, defienden su territorio. Tal sentimiento puede exacerbarse si existe alguna rivalidad extra-deportiva: podría ser el caso del pueblo de Vilches respecto a la capital de su provincia. No me voy a extender en interpretaciones sobre el porqué de esta actitud violenta. Apuntar sólo que, quizás, habría que tener en cuenta algunas teorías –propias de la psicología social– como la del *contagio*, según la cual los individuos pierden su habitual autocontrol en medio de una multitud: por ejemplo se dejan arrastrar por la actuación de los jugadores y lo que pasa en el terreno de juego.

Un árbitro en escena

Es un hecho que el árbitro (como cualquier persona) tiene ideas preconcebidas al respecto de su tarea y, específicamente, sobre los campos, los equipos e incluso entrenadores y jugadores concretos. Se comprobó, en conversaciones previas a cada partido, que Eugenio tenía exactamente en el 50% de los casos recuerdos nítidos, datos muy claros y una opinión fundamentada sobre alguno de los protagonistas. Pero es que absolutamente en todas las ocasiones tenía algo que comentar, alguna idea ya formada.

Me advirtió sobre uno de los entrenadores, “ya verás como chilla (...) es un perro viejo”;⁵ sobre algún jugador del que tenía una mala opinión: “éste es de los que la lía”; incluso sobre algún delegado de campo al que recordaba por alguna mala



experiencia. Básicamente, pronosticaba cómo podía ser el partido –de complicado–: en función del campo, los equipos, las circunstancias del encuentro y la categoría en que se jugaba. Así, en ciertos campos según él sólo hay “*chusma*”, a los de determinada zona “no gusta pitarlos”, si el partido es la reanudación de un aplazamiento no intuye nada bueno o si no se juegan nada tampoco; en la categoría sénior los partidos siempre los prevee difíciles, hay campos en que “en el momento que no ganan se cabrean”... También al contrario, de ciertos clubes guarda de entrada una opinión muy favorable; de alguno alaba por ejemplo su organización, su disciplina y el buen juego de sus equipos.

O incluso podía ser que el juicio de Eugenio se formara justo antes de empezar el partido, en función del trato recibido por parte de los directivos: “viendo el pasotismo de los dos equipos, pues bueno, veremos a ver...”. Según confiesa, si te tratan mal al llegar “estás más encrespado con ese equipo”. Dentro de estos condicionantes *a priori* también entraría el que hubiera informador (del colegio de árbitros) o no; o mejor dicho, que el árbitro tuviera o no noticia de ello. Cuando Eugenio pensaba que podía haberlo, me advertía de que arbitraría más en serio. Las categorías cadete y juvenil no le agradarían demasiado, y las categorías provinciales más bajas serían las peores. Y enumera una serie de campos de infame recuerdo para él, siendo éstos “sobre todo de los pueblos”. Destaca, al respecto, que nombrara “dos campos malditos”; más tarde desveló que había sufrido en uno una agresión por parte del presidente del club.

Además, estas noticias sobre malas experiencias se propagarían entre los árbitros; Eugenio sabe de ciertos campos donde “no ha habido un partido este año que no hayan tenido un follón (...) me lo han dicho”.

Para acabar este apartado sobre posibles condicionantes. Preguntado sobre si conocía a muchos jugadores, respondió Eugenio: “Sí, sí, conozco a la mayoría. Porque los he arbitrado, llevo muchos años arbitrando (...) y se realmente, cuando estoy copiando un acta digo: éste es un *hijo puta*, éste es un polémico, y éste me la va a liar y éste hay que tener cuidado con él”. Valorar hasta qué punto estas ideas influyen en la práctica es complicado, y más con una investigación exploratoria como ésta. Sí, no obstante, se observaron algunas contradicciones muy claras entre lo que había ocurrido y cómo Eugenio lo relataba. Baste un ejemplo: en un partido disputado entre equipos de categoría infantil –sobre uno de los cuáles Eugenio tenía muy buena opinión–, al final del partido sólo habló de la mala actitud de uno de los entrenadores, cuando no había sido éste, precisamente, el que se había pasado todo el partido vociferándole; además, valoró por igual el comportamiento de ambos equipos y, claramente, las estadísticas reflejaban que uno de los dos (el de buen recuerdo para Eugenio) había sido bastante más brusco que el otro.

La percepción dentro del campo

Un tema muy interesante, también resultado de confrontar las entrevistas con las observaciones, fue el de la *percepción*,

⁵ Eugenio, en entrevista personal. Todas las manifestaciones de Eugenio, entrecorridas, se han extraído de entrevistas realizadas entre febrero y mayo del 2004. No cito la referencia concreta a partir de ahora para no dificultar la lectura.

la receptividad de Eugenio a los diferentes estímulos dentro del terreno de juego. La sorpresa fue descubrir que, cuando se le interrogaba sobre qué había escuchado de los diferentes actores, se refería siempre a los jugadores, con minuciosidad incluso, también a los banquillos y a sus ocupantes, con descripciones igualmente detalladas, pero del público –cuando quizás había sido el actor más destacado– no decía nada o sólo vaguedades. Siempre fue capaz de identificar a los protagonistas de las jugadas más destacadas; pero al preguntarle por el público, sólo generalidades o ninguna impresión *archivada*.

En una ocasión, a la media parte de un encuentro, dos aficionados lo esperaban cerca de su vestuario y al llegar él comenzaron a insultarle de manera furibunda. Al preguntarle sobre ello, Eugenio contestó: “Sí, siempre hay alguno que me dice ‘árbitro, hijo puta, ya te has cargado el partido!’, cosas así, pero la verdad es que no me fijé realmente en quién lo dijo”. Quizás aquí se da una pista: no se fijó. La cuestión es que, en ocasiones, lo observé girarse hacia el lugar de la gradería desde donde le habían chillado –señal de que, al menos, el sonido le había llegado–. Oír, oye; escuchar... Lo que se comprueba es que parece prestar atención y retener *mensajes* de los distintos jugadores y entrenadores; no así del público. ¿No será más que una cuestión puramente física (que le llegue o no el sonido), cosa de *percibir*, de fijar la atención? Sólo se puede concluir que los árbitros –este árbitro– son muy receptivos a todo aquello que ocurre dentro del terreno de juego. En cambio, lo que ocurre más allá de las líneas de banda queda difuminado en su recuerdo. Eugenio reconoce que “el público es totalmente abstracto en un campo de fútbol, para el árbitro”. El tener que prestar más atención a lo que ocurre dentro del rectángulo de juego parece lógico, considerando que allí se produce lo *sancionable*. Si se le pregunta a Eugenio qué es lo más difícil del arbitraje, responde: “controlar tantísimas cosas en décimas

de segundo”; así, como necesidad casi, se vería obligado a recortar el espacio abarcado por sus sentidos.

Cualidades de un árbitro

Me gustaría comentar algo acerca de los valores y cualidades que según los informantes –Eugenio y los diferentes linieres– ha de tener un buen árbitro. Se trata de ideales, de principios de comportamiento que en cierta manera cabe pensar que guiarán sus prácticas. Si hay una cualidad que destaca, por encima de las otras, es la del *autocontrol*.

El árbitro, en el campo de fútbol, debe mostrar que posee *autoridad* e imponerla efectivamente. El reglamento, el código del juego, aparece como su gran recurso y aliado. Eugenio, en concreto, parece extraer confianza de la utilización de las reglas; y de las tarjetas como *arma* intimidatoria. Comentando partidos repetía constantemente ideas como: “estaba un poco alterado, le he sacado una tarjeta...”; previendo un encuentro complicado, “yo empiezo a sacar rojas y se acaba todo”. Pudiendo amonestar, todo estaría bajo control: “no soporto que en el banquillo me proteste nadie al que no pueda sacar tarjeta”. Pero las *cartulinas* no son el único instrumento. En un nivel precedente estaría “la mirada seria” y “el estar encima de un jugador cuando le pitas”. Porque, en realidad, las tarjetas son percibidas como el último recurso y, en parte, como fracaso en la tarea de hacerse respetar: “yo intento transmitir eso (...) y a lo mejor no ofrezco esa sensación de autoridad, y tengo que dedicarme a sacar tarjetas”.

La *reputación* –formada con los años– también parece ser una baza a su favor. Eugenio repetía constantemente que “ellos me conocen a mí”, “aquí también me conocen”..., queriendo decir que sabían que no se amedrentaba y sabía mantenerse firme. En cuanto a la *firmeza*, lo básico es no contradecirse; así se lo advertía a los linieres antes de comenzar un

partido. Si levantaban el banderín, debían hacerlo sin dejar lugar a dudas, sobre todo no mostrando atisbo de duda; pecado capital éste, al parecer. El hecho es que, en la práctica, se observó que efectivamente no propiciaba nada bueno; se ha identificado como uno de los *momentos difíciles* para el árbitro.

Fueron las conversaciones en que también participaron linieres donde se revelaron algunas de las ideas más interesantes sobre el *imaginario* común de los árbitros. El *autocontrol* salió a relucir en un relato –en tono de confidencia– en que un linier explicaba a Eugenio el *derrumbe* de un compañero que en un partido “se había venido abajo” y “se puso a llorar como un niño chico”. Necesariamente recordando a Goffman: ¿Qué es lo que se había *venido abajo*? Pues su actuación, la impostura, la imagen de seguridad que a cualquier *autoridad* le es obligado mostrar (y de la que son muy conscientes). Otros dos linieres recordaban, tiempo después, lances comprometidos, situaciones de extrema violencia vividas acompañando a algún árbitro. Describían cómo a tal compañero y a tal otro se les había notado claramente el miedo; de ellos mismos no especificaban nada, ningún detalle sobre sus propias sensaciones.⁶ En cierta manera, parece consensuado el que uno debe aparentar –también de cara a sus compañeros– que aguanta *psicológicamente* todo, que es fuerte.

Hablando Eugenio con un ex-árbitro, en otra ocasión, salió a la luz otra de las virtudes a desear en un colegiado (parte también del susodicho *autocontrol*): la *impasibilidad*, el no *revolverse*. Explicaba esta persona un incidente en que, ante la protesta de una mujer, el árbitro se había vuelto y encarado con ella. El comentarista, con enfado, afirmaba que eso no lo puede hacer nunca un árbitro, que lo que debe hacer es “oídos sordos” y marcharse como si no escuchara nada. Porque, según su lógica, si el árbitro responde busca “que le den cuatro hostias”.

⁶ En una de estas anécdotas, contaba un linier que el público los había encerrado en el vestuario e intentado echar abajo la puerta. Sólo se refirió al miedo del árbitro, sobre él nada. Es difícil pensar que alguien no pase mucho miedo si se ve rodeado de decenas de personas en actitud poco amigable. Por otro lado, Eugenio en ningún partido reconoció haberse puesto nervioso.

Consideraciones finales

Con todo lo visto hasta ahora, la pregunta a hacerse sería: ¿cómo le influye a un árbitro el *ambiente*, el tono de la interacción, el cariz que va tomando el partido? Teniendo en cuenta la parcela específica de su comportamiento que es la actividad sancionadora, sí se podría afirmar que la dinámica concreta del partido le condiciona.

En los partidos intrascendentes, o en los que el marcador estaba muy decantado, se le observó especialmente pasivo. Amonestó menos que otras veces. Al contrario, en las ocasiones en que el partido fue especialmente tenso, tampoco sacó todas las tarjetas que debiera haber sacado –y no de la misma manera, ni mucho menos con el ademán *autoritario* de costumbre–. ¿Retraimiento? Explicaba Eugenio, en uno de estos casos: “me he dado la vuelta en situaciones para no agravar más la situación y no expulsar a todo el mundo”.

Ante jugadores conflictivos, en ambientes verdaderamente tensos, su actitud cambió perceptiblemente: como él reconoce, sanciona mucho menos de lo que debería (lo racionalice como quiera) y no se le observan los gestos y maneras habituales. Un ejemplo: en un ambiente algo *caldeado*, se mostró impasible ante un jugador (el capitán local, *actor-clave* de ese partido por lo demás) que no cesó de protestarle e incluso gesticular de forma histriónica delante de él. En otro de los contextos más difíciles, donde la agresividad fue extrema, los jugadores se encararon y pelearon repetidamente sin que Eugenio les dijera nada. Él reconocía al término que había “mucho pique, y ahí tomar decisiones disciplinarias pues a veces es complicado”; y afirmaba: “¡Me los podría haber cargado, me los tendría que haber cargado!”. El hecho es que no lo hizo.

Digamos que hay en él dos discursos diferenciados. Uno habitual que habla de estar por encima de las circunstancias, de no tener reparos en imponer su autoridad; y, en contraposición a éste, otro que se refiere a ciertas experiencias de riesgo, a situaciones en las que se debe tener cuidado. Aunque sea de forma inconsciente, estas ideas deben surtir algún efecto en Eugene-

nio. Se podría pensar que activan cierta inhibición –en la manifestación de su autoridad– ante ambientes concretos. En que no se le viera nunca marcadamente nervioso podría influir su dilatada experiencia profesional (cf. Nevill, 2002). Pero sí se puede asegurar que en las ocasiones de más tensión no sancionó como otras veces. Su actuación fue mucho más comedida. Y, por eso, cabe pensar que de alguna manera le influyó el contexto. ¿Entró en juego la lógica de “no arriesgarse” y “tener cuidado con lo que se hace”? ¿Sintió temor? Se trate de miedo u otro sentimiento, su *norma de conducta* dice que éste no debe hacerse patente, como se verá a continuación.

Aquí acaba esta caracterización del arbitraje; mejor dicho, de un árbitro –lo que hace problemático generalizar cualquier resultado–. Harían falta muchas más observaciones y la comparación entre diversos árbitros, por ejemplo, para saber cómo influye exactamente cada factor del juego en la actuación arbitral. Sí que con esta pequeña *etnografía* se ha podido ver que la dinámica del juego oscila, presenta altibajos –básicamente en cuanto a tensión ambiental–, siendo ciertas situaciones concretas (*clave*) las responsables de dicha variación. Además, se han descubierto ciertas características de la interacción entre los actores imposibles de hallar de otro modo.

El ambiente influye en el árbitro; en concreto en la rigurosidad y el ademán a la hora de sancionar. Quizás alguien podría llegar a establecer alguna *escala* que ilustrara cada fenómeno y el efecto desatado en el colegiado. A partir de esta investigación lo que cabe resaltar es que, en cada partido, se produce una cierta dinámica, un contexto diferente, fruto de la interacción entre todos los actores (y sus características propias). Con las entrevistas a Eugenio se comprobó también que algún prejuicio funciona en él, pues su interpretación del partido –de cada participante– no concordaba muchas veces con la realidad observada. Y, absolutamente siempre, tenía ciertas impresiones sobre los equipos, el campo, algunos jugadores...antes de empezar el partido. Los aprehende a partir de una *taxonomía* propia que les asigna ya de entrada ciertas cualidades.

Del público –como actor plural– se han descubierto rasgos de su comportamiento. Siendo cuestiones en principio secundarias, la percepción del árbitro dentro del campo (qué estímulos le llegan) y las cualidades que idealmente se le suponen (especie de *imaginario* de la profesión) han resultado muy relevantes. Sin duda, como en todo lo demás, cabría un estudio más detallado. Como se ha visto, la dinámica del juego conlleva momentos difíciles para el árbitro; puede que, como decía Eugenio, la dificultad para el árbitro estribe simplemente en que “hay que decidir” y, apuntamos, en que es el único que *actúa* solo en el campo y al que además corresponde el *papel* más difícil, el de juez.

Agradecimientos

Este trabajo se realizó durante una estancia en la Universidad de Granada financiada por el Ministerio de Educación y Ciencia.

Agradezco al profesor Ángel Acuña toda su dedicación y amabilidad; sin él ni siquiera habría existido el proyecto de hacer algo así. A Eugenio su enorme paciencia y que sacara tiempo para, además de buen árbitro, ser un estupendo informante. Este trabajo, en lo mejor que tenga, es también de ellos.

Bibliografía

- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*. Barcelona: Hora.
- Durán, J. (1996). *El vandalismo en el fútbol. Una reflexión sobre la violencia en la sociedad moderna*. Madrid: Gymnos.
- Elias, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Madrid: FCE.
- Folkesson et al. (2002). “Soccer Referees’ Experience of Threat and Aggression: Effects of Age, Experience, and Life Orientation on Outcome of Coping Strategy”. *Aggressive Behavior* (28), 317-327.
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Javaloy, F. (1989). “El comportamiento colectivo en el deporte”. *Anuario de Psicología* (40), 25-45.
- Nevill, A. et al. (2002). “The influence of crowd noise and experience upon refereeing decisions in football”. *Psychology of Sport and Exercise* (3), 261-272.
- Parlebas, P. (2003). *Elementos de Sociología del Deporte*. Málaga: Instituto Andaluz del Deporte.
- Verdú, V. (1980). *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*. Madrid: Alianza.